

LUIS TORO, EL AMIGO

POR RAFAEL MANZANO MARTOS

Conocí a Luis Toro hace veinticinco años en un encuentro casual, a la orilla del mar gaditano, cuando la calma largamente contenida del levante estaba a punto de saltar en azote cálido y despiadado sobre los espejos de sal y de calina que irradian en mil reflejos la salada claridad de Cádiz.

¿Mucho calor por Sevilla? Porque yo le he visto —me dijo— con Joaquín Romero por el Alcázar... Vengo huyendo del levante de Tarifa para refugiarme bajo la lona de mi toldo en mi jardín del Patio de Banderas.

Era ineludible la alusión a Joaquín, el amigo común y querido, que ignorante e invisible, actuaba de presentador. Es, me dijo, un amigo y un poeta adorable pero reconozca, que entre escritores, pues yo también soy aficionado a la pluma, uno inquilino y el otro arrendador las relaciones a veces se tornen difíciles.

¡Quién me iba a decir entonces que años después heredaría del inolvidable «Poeta de Sevilla» junto con la Tenencia de alcaldía de los Reales Alcázares aquella difícil relación humana del inquilino con su casero, trocada en entrañable amistad por la caballerosidad en fin de aquel gran hidalgo del Patio de Banderas que fue Luis Toro Buiza.

Quería evocar hoy para vosotros algo de la personalidad de Luis Toro, enmarcándola en ese prodigioso escenario de luz y color que es el sevillano Patio de Banderas.

Porque existen seres humanos, la mayoría, cuya existencia no es sino un mero transitar por un entorno urbano, mientras que otros a fuerza de vivir y revivir su paisaje arraigan en él, se identifican con su suelo y se constituyen en piedras angulares, en fragmentos arquitectónicos, en trozos vivientes de la ciudad misma.

Nuestro querido compañero y director de la Academia, el profesor Morales Padrón, escribió, hace no muchos años, desde el observatorio excepcional en que vivió durante una breve temporada aquellos lugares, una inédita y secreta «Biografía del Patio de Banderas».

Nunca llegué a poder violar el secreto arcano de aquel teatro de un pequeño mundo en el que como último llegado podía descifrar desde una más lejana perspectiva las claves y significados de la variopinta colección de seres que constituimos la pequeña sociedad que tiene el raro privilegio de vivir entre los muros venerables de los Reales Alcázares de la Ciudad de Sevilla.

Por la pluma secreta de Morales Padrón desfilaríamos los más significativos personajes y arquetipos de aquel paraje arrasando nuestros cotidianos vicios y virtudes, dando sin duda nuestro específico color a aquel venerable fondo arquitectónico y urbano.

Como en las litografías románticas, el paisaje quedaba ilustrado con sus propias figuras, dibujadas a veces por especialistas en captar tipos y formas populares, en marcar el color de los trajes y vestimentas de los majos, viandantes y toreros, en un deseo de captar lo mueble y lo inmueble del paisaje mismo, el contenido y el continente, la ilusión fugaz y el colorido de la Andalucía romántica.

Y, sin saberlo, podría jurar que en esta visión casi a vuelo de pájaro de este rincón urbano, verdadero corazón de Sevilla, la figura humana de Luis Toro representó al hidalgo viejo de aquella comunidad.

Pero, ¿Cómo podríamos definir, o al menos aproximar lo que es un hidalgo sevillano?

¿Cómo encaja la imagen del hidalgo, forjada en tierras norteñas, con los parámetros sureños y específicos de la sevillanidad?

Creo que será más fácil proceder a la inversa y definir hasta el punto en que lo conocimos la figura inolvidable de Luis Toro.

Aristócrata y caballero, militar por vocación y disciplina un poco campero y aficionado a la caballería y a las artes de la jineta, entusiasta y teórico de la tauromaquia, y apasionado investigador y bibliófilo, a más de fino literato.

Porque todas y cada una de estas componentes, parámetros esenciales de la vida de Luis Toro constituyen connotaciones diferenciales de su sevillanidad.

Sevilla, desde Fernando Villalón hasta Manuel Halcón pasando por Joaquín Romero ha dado el prototipo del poeta vinculado a la tierra y al agro.

La connotación del aristócrata aficionado a las letras y a la bibliófila está descrita en Sevilla desde sus monarcas medievales hasta el Conde Duque de Olivares, y alcanzó su representación más caracterizada en los días de la Ilustración, con los marqueses de la Grañina, de Caltajar y de Vallehermoso, y con los Condes de Maspina y del Aguila.

El coleccionismo del Duque de Montpensier y la bibliofilia del Duque de T'Serclais, nos dan la medida de la persistencia de esta tradición literaria y científica en la nobleza sevillana del siglo pasado. Y a esta condición aristocrática cabe sumar la de los militares y marinos eruditos como un Tomás de Guzmán, un Domezain, un Antonio Ulloa, o un Cayetano Valdés por citar sólo los del siglo de las luces.

El arte de la jineta y la tauromaquia están vinculados a la aristocracia hispalense institucionalmente desde la fundación de su Real Maestranza de Caballería en 1725.

Luis Toro ha sido el más reciente erudito e investigador del arte de la caballería y de los toros.

En la primavera de 1944 organizaba en el Salón Colón del Excmo. Ayuntamiento una magna exposición del libro y el grabado equestre. Allí concurrieron códices rarísimos y ejemplares únicos de las más variadas procedencias. Como en tantas ocasiones problemas municipales impidieron la publicación de un catálogo, amorosamente trabajado por Luis Toro, que aún permanece inédito y que supone la más rica recopilación bibliográfica que existe sobre las artes del caballo y de la equitación.

Un año después, en la primavera de 1945 se celebraba en el Pabellón Mudéjar de la Plaza de América otra brillante exposición, ahora del Arte del Toreo. Tampoco cuajó aquel esfuerzo en un catálogo que perpetuase la rica aportación científica, pero dos años después veía la luz la magna publicación de Luis Toro «Sevilla en el Arte del Toreo», que une a su interés historiográfico la cuidada elegancia de su publicación.

Y es que Luis Toro fue un excepcional amante del libro, un apasionado bibliófilo, que dio nueva vida a la Sociedad de Bibliófilos Sevillanos fundada por el Duque de T'Serclais, y que reunió en torno a sí una cuidadísima biblioteca, algunos de cuyos fondos.

especialmente los relativos a las artes equestres, constituyen la base fundamental de la rica librería de la Real Maestranza de Caballería.

Junto a esta vena coleccionista y bibliográfica supo aunar los esfuerzos de otros eruditos sevillanos en la fructífera etapa en que asumió la grave responsabilidad de la dirección de Archivo Hispalense.

Quisiera, finalmente, evocar la figura de Luis Toro en su marco doméstico, recortada en un rincón de la umbrosa biblioteca asomada a un jardín de su casa del Patio de Banderas.

Vivió entre los muros de un viejo palacio almohade, uno de los más antiguos e inexplorados de los ricos entresijos arqueológicos del Alcázar. Bajo los artesonados medievales, semiocultos por ligeras molduras isabelinas, la casa, labrada en torno a dos amplios jardines, constituye la más bella estampa que subsiste de una casa sevillana del Romanticismo. Porque la trascendencia de la arquitectura sevillana radica en eso; en que bajo sus renovadas capas de cal están los cimientos de la Roma andaluza, y los muros viejos de los abadíes y de la severa regla almohade, y los caprichos cistercienses del Rey Sabio, y una columna genovesa semioculta del taller de los Aprile de Carona. Y sobre todo ello, esas sezonadas gotas de perfumado romanticismo, de aire húmedo con olor de jardín decimonónico. Glicinias y madreselvas, auras de jazmín y de nardo en torno a la altiva araucaria.

Así fue el marco vital de Luis Toro. En la vieja casa, carpinterías de cedro traídas del cortijo de Carmona, estampas y litografías decimonónicas, un exquisito reloj imperio sobre la cómoda isabelina de caoba de Cuba, y presidiendo, los retratos familiares, Esquiveles o Cabral Bejarano. Un mundo soñado, mantenido amorosamente por la dulce femeneidad de Magdalena y sus hijas.

En este «paisaje con figuras» de la ciudad que desaparece día a día, he querido dejaros en el de hoy, en estos apresurados trazos, la imagen que ya es historia de Luis Toro en su ambiente, y en su jardín del Patio de Banderas, e incorporarlo para siempre a la nómina de los poetas y literatos que ilustraron con su pluma ese eterno enclave de nuestras letras que han sido en su historia de los Reales Alcázares de la Ciudad de Sevilla.